

Reportaje a Mariano Moreno:

Entrevistado el Dr. Mariano Moreno por un periodista, responde sobre sus ideas de economía y comercio. Los guiones fueron elaborados con palabras textuales extraídas de documentos escritos por el Dr. Mariano Moreno. Para ello, se investigó en fuentes fidedignas.

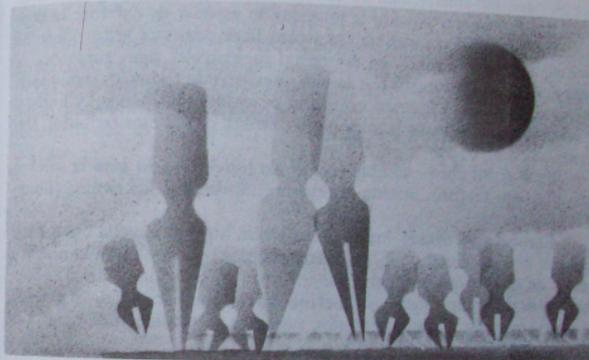
Bibliografía consultada: Libros diversos de Historia Argentina-Lecturas Históricas Argentinas, de R. Levene.

Para todos los temas también fue usada, como invaluable fuente de consulta, La Historia en mis Documentos, de Graciela Meroni.

Concluida la emisión, la satisfacción de los alumnos por la tarea realizada fue enorme y el aprendizaje, muy importante. Ocurrió que se tuvo un enfoque totalizador de la Revolución de Mayo, cosa que pocas veces se logra.

Borges, el niño, se quedó...

por el "Departamento
Revista de Educación y
Cultura" de la Dirección de
Información y Tecnología
Educativa.



Hubiéramos preferido no tener que figurarla nunca. ¿Una página así y por esta causa? ¿Porque se "nos" fue Borges? El de paso trémulo, confiado en las docilidades benevolentes de algún bastón... El pronunciador de la voz aquella - si nos parece escucharla - interrumpida de dubitaciones... Como su pensamiento. Desenfadadamente humano. Y sabio.

Hubiéramos preferido que el hombre de la literatura "rara" hasta el prólogo, continuara diciéndonos... como nadie lo decía. Y que siguiera mirándonos sin distraerse en las engañosas per-

cepciones de quienes presumimos que vemos.

Hubiéramos preferido... tan de manera diversa, todo. Pero Borges se "nos" fue, ¿Borges... o "el otro"?

El "Departamento Revista de Educación y Cultura" ensaya aquí una respuesta. ¿Homenaje? No. Apenas una metáfora... de la esperanza. Por aquel que cierta vez aconsejó al novel peregrino de las letras: "Que todo lo que escriba responda a la sinceridad, aunque sea a la sinceridad de un sueño."

Aprendimos de su palabra, Maestro Borges. Porque esto lo soñamos... y sinceramente.

Está allí. Liberado del ancla del tiempo. Igual a sí mismo . . . e infinito. Ha elegido un lugar familiar, al que quiere y donde se siente querido. Muy cerca del solar que lo vio nacer. Ese que está enmarcado por las calles viejas Guatemala, Serrano, Paraguay, Gurruchaga . . .

Allí es. En el endeble andamiaje de la ola y la orilla. Frente al agua dulcísima, olorosa, sin sueños y soñadora. El la mira sorprendido desde su niñez iluminada de misterio.

Mira su magra figura que se va repitiendo y ondulando. Descubre, comprende entonces, que el río es un espejo andariego. Le regresa su imagen, es cierto, aunque para llevársela de inmediato y multiplicarla. Y así siempre. Sin final.

Por eso ahora, cuando la luna que lo espía de enfrente le llega vertical, robándole la sombra, se siente libre como un grito. Ya se ha marchado "el otro niño" en ese cristal fugitivo del agua rumorosa. Y será aquél quien navegará por la vida, pasajero de todos los caminos de todas las lecturas. Y gastará su caudal de visiones en paisajes y libros y noches desveladas hasta la gota última de luz de sus ojos fatigados. Definitivamente.

Pero el hombre - sombra (acaso los hombres sólo sean la sombra del niño que fueron), intenta el retorno imposible a los tiempos perdidos.

Entonces se decide memorioso. De la higuera aquella "que tiene que ver con mi alma" . . . De almacenes color rosa. De cuchilleros e historias de duelos que sospechó haber visto . . . o vivido. Y pinta el Buenos Aires de su nostalgia - éo melancolía? — con patios que "derraman el cielo en la casa", aljibes, parrales, zaguanes . . . y silencios largos,

El niño sigue allá. Sin esperas. Junto al río de betún lavado. ¿Habrá que olvidarse de Buenos Aires?. ¿Habrá que cambiarla, como a una mujer que nos quedó lejana? El obsesivo del espejo, el mismo que quiso crecer, parte. Una y otra vez. Dice que cree encontrar seducciones, destinos más altos, singulares gentes y costumbres. Y hasta juega a cambiar de idioma. Y ensayar otros. Y otros más.

Embargo, sus imaginерías se obstinan en nombrar a aquel Nicanor Paredes de sus historias primeras. Y despide de la vida a Francisco López Merino, homenajea a Alfafuerte, se endulza con Evaristo Carriego o elude a José Hernández pero recreando su Martín Fierro en la simulación del segundo encuentro entre el desertor y el moreno.

Una y otra vez se repite en su Buenos Aires de la calle Corrientes con cintura estrecha, en los arrabales que se resuelven en caseríos, en el aroma pesado de la madreSelva . . . en las milongas.

Porque la verdad, absoluta, es que nunca se fue. Un ardid más de la noche. Esa que le hizo dudar de que la lluvia suceda en el presente. Y que lo devuelve ahora, intacto, al barrio y al agua de horizonte extendido.

Una multitud de crónicas revelará, en fecha y horario extranjeros, que alguien de su nombre eligió una ciudad y una María para el adiós. Pero no. Son "embelecros fraguados" por una realidad negadora de lirismos. Y ya se sabe: el poeta no conoce de dimensiones terrenas. Ni las cree.

Por eso, las palabras no tienen edad, los relojes sucumben, los años no son sino números absurdos y los niños quedan siempre niños.

Como ése, que está allí. Igual a sí mismo . . . Infinito. Desde el endeble, provisorio andamiaje de la ola y la orilla, mira el río . . . El espejo tornadizo que lo abandona, ya inexorable, para irse a la muerte salada del mar . . .